# Llamadas desde Acapulco

Sergio Serrano

Una tía de mi madre, que vivía en un municipio de apenas 300 habitantes entre Sagunto y Teruel, cogió un barco cuando tenía dieciocho años, en plena posguerra, junto a su padre y se fueron a México. Allí los dos montaron un pequeño restaurante, al que, según me comentó mi madre, le llamaron El Continental y sirvieron comida española durante varias décadas. El restaurante creció e hicieron una fortuna. Con ese dinero, compraron una casa en Acapulco, una mansión encima de un acantilado a la que llamaron Peñíscola, imagino que con la intención de que cada vez que regresaban del trabajo y veían el mar, poder pensar, por un instante, que esas aguas eran las del Mediterráneo y así recordar, una vez más, el lugar del que se marcharon.

Muchos años después, aquella mujer que se exilió por la miseria con dieciocho años contactó con mi madre por teléfono, ya que era la única persona que quedaba de su familia. Su padre había muerto y los padres de mi madre también. Esta mujer, ahora ya con setenta años, con otro tono de voz y otro acento le contó todo esto del restaurante y la mansión a mi madre. Una voz a un lado del Atlántico y otra al otro lado. A partir de estas llamadas en las tardes de verano iban construyendo la memoria y la biografía de ambas, quizá distorsionada por el tiempo. Quizá imaginada. La mujer que ahora estaba en Acapulco no dejaba de hablar y recordar el pueblo del que se había marchado, pero en su imaginación nada coincidía con la realidad, y mi madre no hacía más que preguntar cómo era aquella vida frente al mar viendo por la cristalera de la mansión a los delfines saltar. Quizá las dos cosas eran mentira, ni existía ese pueblo tal como imaginaba ella, ni existía esa casa tal como la imaginaba mi madre. O quizá la mentira se convertía en la mayor de las verdades y de algún modo, reinventaban lo real.

Yo, que era un niño, escuchaba las conversaciones y no entendía bien qué significaba todo aquello, ni qué tenía que ver yo con aquella voz mexicana, ni con delfines, ni restaurantes, ni de qué pueblo hablaban, ni nada de nada. Años después, pensé mucho en eso y llegue a la conclusión de que poco importa en realidad, porque en aquellas conversaciones, lo que de verdad se podía comprender era el pálpito humano y la comprensión del mundo en el que vivíamos, el deseo de regresar a un lugar, la herida de haber sido expulsada a empujones y la necesidad del otro, incluso, el intento desesperado porque una voz te haga regresar por instantes al lugar del que te marchaste. Debajo de aquellas sonrisas y aquellas conversaciones quién sabe si existía también una desesperación, una gran herida y unas infinitas ganas de encontrar la comunicación humana y el cariño del otro a través del teléfono, y años después imagine lo imposible.

Imaginar lo imposible fue siempre gracias a la escritura dramática, no escribí nada al

respecto, pero ya de lleno en este oficio, sí que imaginé en cómo era aquella mujer que llamaba a mi madre todas las tardes y fabulé que en mitad de la conversación entraba un barco al salón y ella llegaba, se miraban, se daban un abrazo y ya está. No decían nada, porque en realidad, era todo lo que necesitaban. O quizá mirarse y decir "qué vida esta", atravesar el espacio y el tiempo por un momento y mientras imaginaba este encuentro imposible podía ver como cientos, miles o millones de personas que abandonaron sus casas entraban a mi salón y este se transformaba en una especie de isla, también llegaban cientos de pájaros y otros animales que se encontraban huyendo de alguna herida que al fin y al cabo era la misma de todos. Daba igual un país que otro, una década que otra, un éxodo que otro. Lo humano se abría en canal delante de mí mediante una imagen en el salón y derruía el dolor del mundo. Luego, abría los ojos y el salón estaba vacío.

Nunca habría podido imaginar tan libremente y sin juzgar si no fuera gracias al teatro, él fue siempre el que me ha permitido construir a partir de un leve recuerdo, los cimientos de las relaciones humanas imposibles y deseadas. En este caso en una tarde de verano entre dos voces a través del teléfono que ni siquiera comprendía. Escribiendo estas palabras pienso en el teatro como patria de lo posible y en el poder de generar mundos que no existen a partir de la imaginación, de derribar los muros de la distancia y la realidad y me viene a la cabeza la última obra que he leído, *Madre* de Wajdi Mouawad y en algunas de sus frases que me han atravesado: "En el teatro, el país, siempre es la escritura"; "Intento, con esta escena, que tu espíritu escuche algo que tengo atascado en la garganta"; "Solo hace falta contar las historias. Ninguna vida es anónima". Ninguna vida es anónima se queda tatuada en el cerebro antes de cerrar el texto.

Mirando ahora de reojo mis obras, el motor de mi escritura y por lo que en un momento determinado abracé la escritura teatral con la intención de no soltarla nunca, creo que es el deseo de convertir lo imposible en posible y la libertad absoluta que nos regala lo que me han llevado hasta ellas. En este oficio que compartimos, gracias a la imaginación que permite la palabra escrita y dicha, he intentado desesperadamente transformar todos aquellos recuerdos que escondían el dolor en un desesperado cuadro de belleza y esperanza, intentando siempre alejarme al máximo de la realidad. Intentar acceder a ese lugar del cerebro sin fronteras. Mis obras nacen de ahí. Autobiografía, imaginación, posibilidad y encuentro. No existe nada más bello. El teatro es un parpadeo en el que aceptamos vivir la utopía, una manera de transformar la cárcel de la imposibilidad en continente posible y la celda de la realidad en el páramo del juego, aunque solo sea por un instante, para de algún modo, como dice Koltés, encontrar un fragmento del mundo que nos pertenece a todos. Imaginar es buscar ese fragmento, pienso. Siempre a la búsqueda desde la primera palabra escrita hasta el momento en que la palabra se convierte en cuerpo y voz.

Uno nunca quiere abandonar este país de la escritura del que habla Mouawad ni de las posibilidades que existen en él, por eso luchamos contra viento y marea tantas veces, cosa, que, en otro oficio, sería completamente impensable. Imaginar mundos es el derecho más inquebrantable que tiene el ser humano. La libertad que ofrece la imaginación es indestructible. Venga de

Luego, vuelve al teclado, luego imagina un poco más, luego inventa un mundo posible, luego busca el abrazo y luego descubre el fragmento del mundo que nos pertenece a todos.

donde venga, aunque cada vez me cuesta más pensar que no sea la autobiografía el motor de todo. Cada vez escribo pensando únicamente en el poder que nos ofrece la palabra escrita sin nada más. ¿Para qué más? Un actor y una actriz salen al escenario. No hay nada más. Construye a partir de aquí. Se miran. Comienzan a hablar y esas palabras generar la posibilidad y el juego. Allí todo es posible. Todo es reinventable. Esas palabras construyen las imágenes que acabaremos derribando para llevarnos la ruina y el amanecer a casa. Qué bella función.

Antes de terminar el artículo y pensando en ese episodio autobiográfico que me ha lanzado a escribir hoy vuelvo a imaginar a aquella mujer que llamaba a mi madre y en lo que era verdad y era mentira y, por un momento, la veo entrar a mi estudio, coger una silla y sentarse a mi lado mientras escribo estas palabras. Ella y yo y el teclado del ordenador. Los vivos, los muertos y el pequeño hilo que nos une. Siempre dialogar con los ausentes. Ella me mira. Veo su rostro y me dice, nunca hablamos tú y yo, aunque sabía que existías, que estabas en aquel salón cuando hablaba con tu madre. Siempre pensamos en la posibilidad de vernos, verano tras verano, hasta que un día enfermé y al poco tiempo me fui, esto, imagino, te lo contó tu madre. Jamás nos vimos. Pero ahora tú tienes que decidir. Ese es tu papel, decide el nombre del restaurante, el nombre de aquella casa, el lugar donde podríamos encontrarnos, incluso decide si todo eso existió o no. En realidad, da igual, decide las razones por las que me fui, podrían ser muchas, la herida siempre será la misma y decide por qué hablábamos tu madre y yo en verano igual que hablo contigo ahora. Decide la cara de tu madre y la mía al colgar el teléfono. ¿Quizá está en ese silencio el fragmento del mundo que nos pertenece a todos? ¿Está en lo no dicho? No sé, imagíname como quieras. De verdad, inventatelo todo. Llevas haciéndolo un rato. Solo te diré que la vida podría ser una cosa y nuestras voces a través del teléfono otra. El lugar del encuentro entre las dos aquellas tardes de verano fue lo bello, quizá el refugio humano que encontramos y desde donde tuvimos el privilegio de imaginar mundos posibles. El encuentro genera la posibilidad. Quizá solo eso. Así que imagíname por un instante cómo salgo de la habitación como la que entra a un barco, imagíname cómo cruzo el pasillo como quien cruza un océano, imagíname cómo cierro la puerta de tu estudio como a quien le cierran las puertas de un país entero. Luego, vuelve al teclado, luego imagina un poco más, luego inventa un mundo posible, luego busca el abrazo y luego descubre el fragmento del mundo que nos pertenece a todos•